

Si no se apuran los gringos, entre los Mourriño y Repsol no les van a dejar nada.



Anuncia el FAP movilizaciones en demanda de que renuncie Mourriño

■ La familia del titular de la SG tiene 80 empresas al amparo del poder público, señala AMLO

■ El PRD busca tender "cortina de humo" para ocultar su guerra intestina, dice Acción Nacional

FABIOLA MARTÍNEZ, ANDREA BECERRIL, GEORGINA SALDIERNA Y ROBERTO GARDUÑO ■ 4 a 6

Pemex se afianza como la empresa petrolera más rentable del orbe

■ Antes del pago de impuestos y derechos al gobierno federal, supera a la gigante Exxon Mobil

ISRAEL RODRÍGUEZ Y JUAN ANTONIO ZÚÑIGA ■ 22

Exige la Conago cambiar las reglas de operación para programas del agro

■ Plantea facilitar a productores el acceso a los apoyos oficiales

ALONSO URRUTIA Y LORENZO CHIM ■ 3

columnas

EL DESPERTAR • JOSÉ A. ORTIZ PINCHETTI	7
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME	16
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	18

opinión

ARNALDO CÓRDOVA	20
GUILLERMO ALMEYRA	20
ANTONIO GERSHENSON	21
ROLANDO CORDERA CAMPOS	21
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	23
ÉMIR SADER	28
ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO	34
VILMA FUENTES	6a
CARLOS BONFIL	9a

BOMBARDEO SOBRE GAZA DEJA 61 MUERTOS



El presidente de la ANP, Mahmoud Abbas, suspendió el diálogo de paz con Israel luego de que éste lanzó la más intensa ofensiva desde la Guerra de los Seis Días. En la imagen, área de Gaza blanco de un misil ■ Foto Reuters

MAR DE HISTORIAS

La magia de los libros

CRISTINA PACHECO

Ala entrada del pueblo había un letrero con su nombre y el número de habitantes: 27,698. La estadística fue levantada mucho antes de que comenzara la emigración hacia las ciudades y Estados Unidos. Nadie se encargó de actualizarla, quizá para no dejar constancia del abandono en que se iba quedando todo. Las fachadas de las casas eran tan elementales como un dibujo infantil; en cambio, los interiores resultaban auténticos laberintos formados por habitaciones, pasillos, covachas, bodegas, patios que conducían a jardines y huertos. Manzanos y hierbas de olor coexistían con las flores. El resultado era un aire embriagador a veces difícil de respirar. Las calles, horizontales y verticales, al cruzarse formaban las esquinas. Visto desde las alturas, el pueblo debió de tener el aspecto de la página cuadrículada en donde escribíamos las tablas de multiplicar al ritmo de la misma cantinela hasta que por fin escuchábamos la campana.

Su voz cascada era para nosotros el sonido más hermoso porque indicaba la libertad. De camino a nuestras casas corríamos hasta el jardín y nos atropellábamos para ser los primeros en ocupar al-

gundo de los seis columpios. Sostenidos por cadenas enmohecidas a causa del tiempo y de la lluvia, los balancines producían un concierto muy semejante al que entonaban ciertas noches los gatos de todos y de nadie. Aquellos animales, que llegaban del misterio y se perdían en él, no eran la única propiedad comunal.

Las casas tenían en sus fachadas letreros con los apellidos de sus propietarios; pero las puertas y ventanas, de par en par o cuando mucho apenas entornadas, nos dejaban el paso libre hacia los interiores laberínticos.

En el pueblo, en donde las casas, los huertos, los columpios y los gatos eran de todos, las únicas propiedades privadas eran dos bibliotecas: una pertenecía a la parroquia de La Soledad y otra a Isidro Galán: un viejo arisco que apenas convivía con los otros lugareños.

II

La biblioteca de la parroquia quedaba junto a la sacristía. Hileras de tomos negros ocupaban los anaqueles de un cuarto penumbroso con olor a naftalina. En

el centro, sobre la mesa con patas en forma de garras, había un atril que soportaba un libro siempre abierto. Separaba las dos páginas un listón brillante, rojo, que parecía un mar de sangre serpenteando por un hormiguero: las letras negras que no estábamos autorizados a leer.

Eusebia Torres, responsable de la biblioteca, era también la encargada de que los visitantes no tocáramos ninguno de aquellos volúmenes. Si nos deteníamos frente al libro abierto ella se colocaba a nuestras espaldas, presionándonos con su respiración agitada para que continuáramos nuestro camino hacia la sacristía, que daba al patio. Allí, bajo un frondoso hule, Alfonsina Maldonado nos daba lecciones de catecismo. Mientras repetíamos oraciones y jaculatorias envidiábamos como nunca a los gatos. Para ellos no había restricciones, ni siquiera la de saltar hacia la mesa con el atril y el libro o quedarse dormidos en lo alto de los anaqueles inaccesibles para nosotros.

III

La casa de Isidro Galán ocupaba la esquina en donde coincidían dos calles: Hidalgo y Madero. Por sus ventanas, encortinadas